

Las Academias italianas del siglo XVIII: entre tradición y modernidad

MAURIZIO FABBRI

Universidad "Alma Mater Studiorum" de Bolonia

Una de las cuestiones de la que se ocupan los estudiosos de la historia del pensamiento y de las instituciones culturales en el ámbito setecentista corresponde al papel desarrollado por las academias tradicionales en la labor de profundización y divulgación del saber y su capacidad de adecuarse a la evolución, relativamente rápida, de la sociedad y de los conocimientos, sobre todo científicos, favorecidos por el proceso de reformas puesto en marcha por la Ilustración y que indujo a unos gobernantes italianos a modificar los recorridos de la formación educativa y cultural.

En Italia, el modelo académico surgido a finales del siglo XV, entendido como círculo elitista que nace alrededor de personalidades de relieve y que está soportado por generosos mecenas (piénsese en la Academia Platónica que surgió en Florencia entre 1470 y 1480 bajo la protección de Lorenzo de' Medici y la dirección de Marsilio Ficino) en el que tertulias de doctos humanistas se reunían para argumentar en público o en privado sobre temas literarios (en la acepción globalizante que el término tenía en las sociedades de *ancien régime*), o para celebrar simposios y promover relaciones intelectuales, aun por medio de estimulantes intercambios epistolares, pues ese modelo evolucionó, ya a principios del siglo siguiente, hacia la academia propiamente dicha, favorecido por el extraordinario florecer de las letras y las artes.

La academia, pues, en el siglo XVI, llega a establecer una nueva forma de relación social y cultural que implica actitudes y afinidades de investigación notablemente variadas con respecto al modelo anterior, como observa el estudioso italiano Stefano Benassi el cual hace constar cómo "el eclecticismo que contraseña a los secuaces de Platón se refleja en la situación cultural, allá donde el término *accademia* llega a designar grupos de investigación filosóficos (platónicos, aristotélicos y escépticos) y también astrológicos"¹. Se trataba de intelectuales que actuaban fuera de las universidades, a pesar de que frecuentemente desarrollaban en ellas un rol activo, y que dirigían su interés personal hacia el estudio de las letras y la investigación científica. Las reuniones tendían a periodizarse y el acceso y participación en los cenáculos se formalizaba en normas establecidas que gobernaban la discusión y también los aparatos para la elección del príncipe y de sus colaboradores.

1. S. Benassi, *L'Accademia Clementina. La funzione pubblica. L'ideologia estetica*, Bologna, Nuova Alfa, 1988, p. 16. Las traducciones del italiano al español son del autor del ensayo.

También se definen los blasones y las empresas y cada academia tiende a especializarse, como ha observado Ezio Raimondi para quien, después de 1550, las academias se transforman en “instituciones formalizadas, cada vez más abiertas a los ‘nobles diletantes’ además de los ‘intelectuales de profesión’”². Ellas llegan a ejercer una profunda influencia sobre ciertos aspectos de la vida cultural, religiosa y a veces política del país, mudándose en importantes vehículos para una extensa transformación de modelos culturales³. Para alegar algunos ejemplos, recuerdo que la Academia de las Noches Vaticanas se dedica a especulaciones teológicas; la Academia de la Virtud de Roma a las investigaciones de antigüedades y arqueología. A los problemas jurídicos se consagran las Academias de los Siziendi de Bolonia, de los Mercuriales y Obreros de Ferrara, mientras que a los estudios científicos se aplicaban las de los Animosos de Bolonia y de Cremona, de los Immobili de Florencia y, con especial empeño, la Academia Cosentina que vio, reunidos alrededor de Telesio, filósofos y experimentadores, y la napolitana de los Secretos, establecida por Juan Bautista della Porta, entregada a la investigación astronómica y física, muy prontamente vedada por las autoridades eclesiásticas. En ciertos casos, como sucedió con las Academias de los Ardientes de Bolonia, de los Istrofísicos de Palermo, de los Apatistas de Florencia, asumieron la estructura de un curso escolar de instrucción superior cuando no universitario.

Al comienzo del Seiscientos, las Academias gozaban ya de una excepcional difusión llegando a las 2200, según las estimaciones de Miguel Maylender quien en su todavía fundamental *Storia delle Accademie d'Italia*⁴ reconstruye sus historias y las variadas tipologías.

Hay que decir que la función de producción e intercambio del trabajo intelectual de las academias había disminuido mucho, aun por causa del incesante control ejercido por la censura, atenta a garantizar la importancia clave del poder político, con respeto al cual la cultura se colocaba necesariamente en posición marginal. En las asambleas, dedicadas casi exclusivamente a la versificación y a la declamación poética, prevalecían las formas exteriores, la superficialidad, la vacuidad, la insulsez. Un índice de la tendencia a lo fácil y a la charla erudita, a la solemnidad pretenciosa y vacía, se reflejaba también en sus insignias o títulos como, por ejemplo, los de los Umidi, de los Insensati, de los Fulminati, de los Rozzi. Al mismo tiempo, casi por analogía con el poder político verticista y centralizador, en el interior de las academias se acentuaba la estructura jerárquica y la complejidad de estatutos y códigos de conducta.

2. E. Raimondi, *Introduzione a Università, Accademie e Società scientifiche in Italia e in Germania dal Cinquecento al Settecento*, Bologna, Il Mulino, 1981, p. 11.

3. Cfr. Cesare Vasoli, *Le Accademie tra Cinquecento e Seicento e il loro ruolo nella storia della tradizione enciclopedica*, en *Università, Accademie...*, cit., pp. 81-115.

4. M. Maylender, *Storia delle Accademie d'Italia*, Bologna, Cappelli, 1926-1930, 5 vols.

Entre tantos institutos (la mayor parte de ellos congregaciones de sabihondos eruditos) destacaban, sin embargo, cuatro, que surgieron en Roma y en Florencia y que pusieron en su fundamento el amor por las ciencias especulativas, la investigación, la colaboración entre académicos y universitarios, la difusión de los resultados conseguidos por medio de la imprenta. Me refiero a las Academias florentinas de la Crusca y del Cimento. A la primera, fundada en 1582 y que sigue hoy en día activa y vigorosa, el gran duque Cósimo de Toscana le asignó la tarea de ocuparse de la lengua. De esta Academia nació en 1612 el primer gran vocabulario de la lengua italiana que determinaba la “norma”, poniendo un límite a las diferencias vernáculas entre las regiones. La segunda, del Cimento, establecida en 1657 gracias a la protección de los Grandes duques de Lorena, príncipes cultos y liberales, se sirvió del magisterio de Galilei para ampliar las fronteras de la ciencia, particularmente poniendo las bases del método experimental y de la física moderna. En la Ciudad Eterna habían sido fundadas la Academia de los Lincei, en 1603, por iniciativa del duque Federico Cesi con el fin de “tratar las cosas todas que o a la historia natural o a la geometría o a las matemáticas perteneciesen”⁵ y, ya en los últimos años del siglo, la Arcadia, en su origen reservada sólo a la poesía, la cual se puso en decidido contraste con la estética barroca e intentó promover en la literatura y en el arte también, la vuelta a lo natural, a lo simple, a lo sincero. Con sus muchas ‘colonias’ y ‘campañas’ se difundió en la mayor parte de Italia y aun en otros países.

Desgraciadamente, estas academias representaron un ejemplo rarísimo y, en el caso de las dos científicas, tuvieron una vida demasiado breve, aunque se las pueda considerar, como subraya Giuseppe Gabrieli, “las primeras academias científicas de Italia y del mundo moderno”⁶.

Pasando al siglo XVIII, ya a partir de los primeros decenios, se produce el restablecimiento de unas academias, ya vedadas por la Inquisición como la Cosentina, y a la reactivación de otras, como es el caso de la Arcadia, o a la transformación de unas literarias en científicas, mientras surgen otras: en Nápoles, la Vallettana y la Montefortiana; en Venecia, la Medicoquirúrgica, la Matematicofísica; en Modena, la de los Engañados; en Salerno, la de los Irrequietos; en Milán, la Clelia, y en Bolonia la de las Ciencias.

Al lado de las congregaciones filosóficas, literarias y científicas, que a menudo contenían secciones de bellas artes —como fue el caso de la Academia de Bellas Artes de Nápoles, apéndice de la Academia Ercolanese creada por Carlos III— empezaron a formarse con sus propios estatutos las academias de Bellas Artes que habían tenido su primera enunciación en las escuelas surgidas primero en Florencia, alrededor

5. Cfr. B. Odescalchi, *Memorie storico critiche dell'Accademia dei Lincei e del Principe F. Cesi, secondo duca d'Acquasparta, fondatore e principe della medesima*, Roma, 1806, p. 13.

6. G. Gabrieli., *Le accademie moderne*, en *Enciclopedia Italiana*, I, p. 187.

de 1490, con el patrocinio de Lorenzo de' Medici y la dirección del escultor Bertoldo⁷, y en la Academia de las Artes del Dibujo ideada por Giorgio Vasari y activada por Cósimo de' Medici en 1563, y casi medio siglo después en Roma, en 1593, durante el pontificado de Clemente VIII, cuando el cardenal Federico Borromeo y el pintor Federico Zuccari consiguieron abrir la Academia romana de San Lucas, que se proponía como tarea principal la educación y la instrucción de los jóvenes a través de clases teóricas y de ejercitaciones prácticas.

Amplio prestigio tuvieron en el Setecientos, además de las mencionadas, la Academia de las Bellas Artes de Perugia; la Albertina de Turín; la Virgiliana de Mantua—que disponía de laboratorios y docentes para grabadores, pintores y arquitectos—; la de Venecia, cuyo origen se remonta al siglo XIII; la milanesa Academia de Brera; la Parmense; la Ducal Academia Atestina de Módena; la Ligística de Bellas Artes de Génova; el Instituto de Bellas Artes de Lucca. En Bolonia prosperó, desde 1709, año de su aceptación por parte de Clemente XI, la Academia Clementina, abierta a pintores, escultores y arquitectos civiles, que tenían como objetivo, como señala Benassi, “no sólo la revaluación del arte, sino también de la figura del artista, que adquiere dentro del contexto social, gracias a su pertenencia a una institución pública, un estatus privilegiado”⁸.

Las bellezas artísticas sagradas y profanas de Roma gozaban de prestigio universal y representaban un atractivo reclamo para pintores, escultores, arquitectos y artistas de todo género, así que no pocas iniciativas fueron tomadas por los principales gobiernos europeos para permitir a los jóvenes artistas más prometedores permanecer en la Ciudad Eterna para mejorar su arte. Si la Académie de France abrió su sucursal en Roma en la que los jóvenes podían alojarse disfrutando de una beca de estudio cuatrienal (y el celeberrimo David se encontró entre ellos), la española Real Academia de Nobles Artes de San Fernando empezó a enviar, ya desde 1748, becarios que mantenían una estrecha relación con la sede madrileña mediante el “Director de los Pensionados”, el primero de los cuales fue el pintor Francisco Preciado de la Vega⁹. Entre los más notables artistas españoles pensionados baste recordar a los pintores José Camarón y Cristóbal Ramos, posteriormente director de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, ciudad en la que había nacido; a los arquitectos Silvestre Pérez y Evaristo del Castillo; al escultor Francisco Bover. Hoy en día la Academia Española de Bellas Artes dispone de un edificio propio, silencioso y sugestivo, situado en San Pedro in Montorio, donde viven juntos Director y pensionados. Parece que también Portugal había abierto en Roma una academia artística pero, a pesar del rastreo, no

7. Véase el todavía importante trabajo de M. Wackernagel, *Der Lebensraum des Künstlers in der Florentinischen Renaissance*, Leipzig, 1938.

8. S. Benassi, *op. cit.*, p. 91.

9. Cfr. Margarita Barrio, *Relaciones culturales entre España e Italia en el siglo XIX: la Academia de Bellas Artes*, Bologna, Zanichelli, 1966, p. III.

me ha sido posible encontrar ningún documento que valide esta afirmación y, por lo tanto, me limito a referir la fuente de la información, es decir, a Nicolás de la Cruz y Bahamonde, quien transitando por Roma en 1797, en un fragmento del *Viaje de España, Francia e Italia* escribió: “La corte de Lisboa ha establecido igualmente en Roma academia en 1791 para los jóvenes de su nación. El célebre Juan Gerardo Rossi ha obtenido la confianza de su dirección”.¹⁰

También el estudio de la música se abrió nuevos caminos y casi no había ciudad italiana exenta de academias, en mayor número en Ferrara, Florencia, Milán, Nápoles, Roma, Siena y Venecia. Bolonia era la ciudad que se jactaba de poseer las más antiguas, empezando por la de los Accesi, de la segunda mitad del siglo XVI, aunque de mayor fama gozó la Academia de los Filarmónicos, establecida en 1666 y todavía hoy activa, que se propuso el desarrollo teórico y práctico de la música y del canto.

La transformación tipológico-organizativa, atestiguada incluso por el cambio de la mayor parte de los nombres de las academias, comportó no sólo la aplicación de normas más articuladas y el abandono de los antiguos blasones en favor de denominaciones en el sentido de la competencia y de la especificidad (y además, en el uso interno, la renuncia al nombre académico, que continuaba usándose en ámbitos humanísticos-literarios), pero también el crecimiento de la actividad pública respecto a la privada, y el prevaleciente interés por las cuestiones científicas, con competencias profesionales diferenciadas. Por lo tanto, prevaleció la tendencia a las agrupaciones especializadas, a la subdivisión en sectores distintos, si bien no faltaron las llamadas academias mixtas, como las del Buen Gusto y Peloritana de Palermo y la Virgiliana de Mantua, de las Ciencias y Bellas Letras de Pádova, en las que la investigación teórica o filosófica se alternaba con la experimentación.

Un claro ejemplo de tal transformación que vino a representar una ruptura en el ámbito de la organización científica italiana de aquel tiempo, lo ofrece la Academia de las Ciencias de Bolonia. Nacida en 1711 de la transformación de la Academia de los Inquietos creada por el conde Luigi Ferdinando Marsili, que miraba con admiración el modelo de la Académie Royale des Sciences de París. Con la colaboración de otros estudiosos boloñeses que se habían distinguido tanto en la investigación hasta llegar a ser *Fellow* de la antigua y prestigiosa Royal Society de Londres, él quiso fundar un centro de investigación que Stefano Benassi considera “falto de

10. N. de la Cruz y Bahamonde, *Viaje de España, Francia e Italia*, Madrid, Sancha, 1807, IV, p. 313. El autor, chileno de nacimiento, vivió unos años en Cádiz donde fue consiliario de la Real Academia de Bellas Artes. Aficionado al arte, buen conocedor de estilos y técnicas, aprovechó la oportunidad que le proporcionaba el largo viaje por Europa, motivado por cuestiones económicas, para visitar talleres y adquirir un sinnúmero de pinturas, cartones, miniaturas, aguafuertes. (Cfr. M. Fabbri, *Viaggiatori spagnoli e ispanoamericani, in Viaggi e viaggiatori del Settecento in Emilia e in Romagna*, Bologna, Il Mulino, 1986, I, pp. 396-408).

toda connotación de carácter mundano”¹¹, totalmente atípico puesto que disfrutaba de autogobierno científico y de autonomía económica y administrativa, que lo liberaban del control del poder político. En las *Costituzioni*, es decir, las normas que debían regular la vida de la Academia, se deseaba la provechosa colaboración con los docentes de las Universidades, pero reservando para la Academia la tarea específica de ejercer la práctica didáctica de la ciencia experimental y de promover la difusión de los resultados de la investigación en términos rigurosamente científicos. De tal modo, Marsili pensó que se podían superar las antiguas barreras entre mundo académico y mundo universitario, y conseguir al menos parcialmente la realización del ideal baconiano y boyleano, por lo que como ha subrayado Walter Tega, “las ciencias físicas, químicas y matemáticas dominaban el campo; la lógica de la experiencia y el método inductivo las unificaban; la investigación se confrontaba con los problemas de una naturaleza dinámica y de una sociedad cambiante; la ciencia era al mismo tiempo verdadera y útil; el hombre mandaba sobre la naturaleza en la medida en que él había aprendido a obedecerle”¹².

La iniciativa de Marsili llevó a Bolonia a la vanguardia, y la ciudad fue la única italiana en la que, a principios del Setecientos, se hicieron experiencias colectivas y se discutieron los resultados de las observaciones experimentales, diferenciándose así de los modelos precedentes de academia. Sin embargo, si esto tuvo lugar, se debió también a la atmósfera cultural que ya existía en la ciudad emiliana, donde el experimentalismo galileiano fue particularmente activo en la segunda mitad del Seiscientos, gracias a los mismos alumnos de Galilei, a las relaciones bastante fluidas con el Estado pontificio, a la presencia de un Senado ciudadano celoso de su propia autonomía, y a la posición periférica de la ciudad con respecto al Papado, al cual pertenecía la Legación de la Emilia y Romaña. En la Casa de Salomón, como a Marsili le gustaba llamar a su Instituto, él fue reuniendo investigadores y estudiosos no sólo boloñeses, que habrían dado una extraordinaria contribución al avance de los conocimientos científicos. Me refiero a Francesco Algarotti, quien estudió y divulgó en Italia la óptica y la física newtoniana; a Jacopo Bartolomeo Beccari y Vittorio Stancari, meteorólogos y climatólogos; a Eustaquio Manfredi, matemático, astrónomo, hidrómetro y poeta elegante, y a Domenico Guglielmini, también matemático; a Marcello Malpighi y Giambattista Morgagni, anatomistas y fisiólogos; a Eustaquio y Francesco Maria Zanotti, físicos y ópticos.

Pero la Academia de las Ciencias se distingue de las anteriores incluso por las nuevas leyes y reglamentos que favorecían la colaboración en la investigación y

11. G. Benassi, *op. cit.*, p. 21. El ensayo contiene un exhaustivo repertorio bibliográfico sobre la Academia de las Ciencias.

12. W. Tega, “*Mens agitat molem*”. *L'Accademia delle Scienze di Bologna (1711-1804)*, en *Scienza e letteratura nella cultura italiana del Settecento*, al cuidado de R. Cremante y W. Tega, Bologna, Il Mulino, 1984, pp. 66-57.

que ponían instrumentos y bibliotecas a disposición de los estudiosos; que proponían programas basados en la libre investigación y la difusión de los resultados conseguidos por medio de publicaciones periódicas, como los *Commentarii*, el primero de los cuales se editó en 1731, en los que iban recogiendo los textos de las relaciones y de las discusiones que se entablaban durante las asambleas académicas.

En la segunda mitad del Setecientos, el proyecto político y cultural de la Ilustración vio en la institución académica el instrumento para conseguir lo útil y lo bueno de los pueblos, o mejor dicho, como escribe Amedeo Quondam: “la felicidad en el progreso de un saber que libera”¹³. Para los gobiernos reformadores, la academia se transforma en elemento fundamental de su acción innovadora. A su vez, ésta necesita absolutamente el apoyo de la autoridad y el reconocimiento oficial, ya que se coloca en la perspectiva de un servicio ideológico, integrándose en el edificio de la cultura dirigida y orientada, convirtiéndose en instancia privilegiada de una fórmula de compromiso social, interpretada como reconciliación entre el saber vivir aristocrático y el saber hacer burgués. Las academias se “reforman” dirigiéndose a una más precisa definición de su área de intervención, que necesariamente comporta y justifica el cambio de las denominaciones en sentido denotativo. Los nuevos nombres que van asumiendo, como sociedades, institutos, ateneos, confirman su carácter funcional hacia la política de progreso y de reformas puesta en marcha por los gobiernos ilustrados.

De que las academias representen un instrumento fundamental para el desarrollo del progreso de la humanidad, está firmemente convencido un culto literato y crítico español, víctima a su pesar del enfrentamiento global entre despotismo ilustrado y poder religioso. Me refiero a Juan Andrés, jesuita expulsado a consecuencia de la Pragmática Sanción de 1767, que en Italia manifestó plenamente sus cualidades extraordinarias de estudioso ecléctico y perspicaz y que tanto mérito adquirió en la restauración de las relaciones literarias entre Italia y España en una época histórica de trascendentales cambios ideológicos y sociales. En el primer tomo de su enciclopédica obra titulada *Dell'origine, de' progressi e dello stato attuale d'ogni letteratura*, que el impresor Bodoni editó en 1782, en amable polémica con D' Alembert, afirma que la *Encyclopédie*, en su calidad de catálogo documental de los conocimientos, opiniones y errores humanos, no sirve para el progreso de las ciencias ni para su difusión. Esta tarea afecta de manera especial a la academia que posee todos los recursos para proponerse como centro experimentador y comprobador de teorías y métodos. Cito de la primera edición de su obra, lo que escribe a propósito de lo enunciado: “¿Cuántos nuevos métodos se proponen en las matemáticas, cuántas teorías nuevas se anuncian en la física, cuya verdad y utilidad no están al alcance de todos? La academia debe superarlos y después dar cuenta de su verdadero valor. Se ofrecen nuevas observaciones y nuevas experiencias, pero nosotros no podemos saber cuánta fe se debe tener en la exactitud y veracidad de quien las presenta. A la

13. A. Quondam, *La scienza e l'Accademia*, en *Università, Accademie...*, cit., p. 57.

academia le será posible examinar sendos aspectos, informarse sobre la pericia y la diligencia de los observadores, o experimentadores, de la perfección de los instrumentos y de cualquier otra circunstancia que acompañen las observaciones y las experiencias; rehacer con atención repetidas veces las anunciadas operaciones y después dar parte al público del resultado de su examen. ¿Cuántas cuestiones no han inquietado durante muchos años a la Europa literaria, que una vez analizadas con seriedad, parecían acabadas en poco tiempo? Sería tarea de la academia llevar a término el pleito y resolver la cuestión descubriendo la verdad. Un individuo, llevado por el fervor de afirmar su propia opinión, puede ver alterada su opinión y los hechos, puede no considerarlos en todos los aspectos que presentan, puede descuidar circunstancias capaces de alterar cuanto va afirmando, puede de buena fe engañarse, puede en fin querer engañar fraudulentamente a los demás. La academia no está tan fácilmente expuesta a semejantes equivocaciones”¹⁴, etc. Concluye afirmando que el tribunal de la academia sería el más apto para comprobar a ciencia cierta la exactitud de teorías y datos y la veracidad de la experimentación, favoreciendo así el adelanto y la mejora de los conocimientos humanos, evitando errores, engaños y mistificaciones. Andrés bien sabía cómo al lado de científicos y eruditos rigurosos y honrados prosperaban embusteros y charlatanes refinados, como el célebre Cagliostro que en aquellos mismos años embaucaba a nobles y plebeyos.

Pero durante el exilio, y más concretamente en los años 1785, 1788 y 1791, Juan Andrés tuvo la oportunidad de realizar largos viajes por la península italiana motivados por sus intereses culturales. De cada uno de ellos dejó una minuciosa y detallada relación en forma de cartas enviadas a su hermano Carlos que seguía viviendo en Madrid y que asumió la responsabilidad de publicarlas en cinco tomos a partir del año 1786. Aquellas epístolas, que acabo ahora de traducir por primera vez a mi lengua y que pronto saldrán a la imprenta, ofrecen un panorama amplio, pormenorizado, puntual de la cultura italiana de la época, especialmente sus bibliotecas, archivos, laboratorios, talleres, museos, pinacotecas, círculos privados, donde se reunían los mejores intelectuales del país. No le faltaban ocasiones para asistir a las “adunanze” de las academias. Además, en todos los lugares le tenían por invitado de honor, respetado y admirado. Su juicio sobre las actividades que se desarrollaban en aquellos cenáculos resulta siempre equilibrado y sereno. Por eso se le puede considerar un observador atento, fidedigno y neutral. Nadie como él puede informarnos no sólo sobre la tipología y la articulada actividad de aquellas instituciones sino también sobre su vitalidad y la actualidad de los temas estudiados, la eficacia y seriedad de los debates, la excelencia de los miembros.

Escojo, entre los muchos ejemplos que podrían ofrecer las *Cartas* (y que se podrían tomar también de los diarios de otros viajeros coetáneos, como el ya citado Cruz

14. J. Andrés, *Dell'origine, de' progressi e dello stato attuale d'ogni letteratura*, Parma, Stamperia Reale, 1782, I, pp. 510-511.

y Bahamonde o Leandro de Moratín, Viera y Clavijo, etc.), dos fragmentos paradigmáticos de la actuación de las academias y testigos fieles de la irreversible separación de las dos culturas, la literaria y la científica. En el primer fragmento, con vivaz inmediatez, Andrés recuerda su participación en una sesión de la célebre Arcadia romana que tuvo lugar en el Bosque Parrasio, con estas palabras: “Estando yo en Roma se celebró una función y tuve el gusto de verla. Por el viento frío que hizo aquel día, sólo concurrieron dos cardenales, Antonelli y Archetti, y ninguna dama, varios caballeros romanos y forasteros, prelados, abates, etc. Concurrió el célebre almirante francés Baylo de Suffren, y yo estuve cabalmente sentado a su lado, no habiendo más distinción de asientos que para damas y cardenales. Leyó su prefacio el abate Visconti sobre el paso de Horacio *Nec quarta loqui persona laboret*; luego otro recitó un poema latino, otros varias poesías italianas, y en medio de éstas un abate francés una en su lengua. A esto se redujo la Academia, que me divirtió por la novedad y por el espectáculo que presentaba todo aquel concurso en aquel sitio”¹⁵.

El segundo fragmento hace referencia a una Academia científica, también pública, que Anton Maria Lorgna¹⁶, un burgués animado por el más vivo celo para con la investigación científica, había fundado en Verona. Se trata de la Sociedad de los Cuarenta, que tanta fama había alcanzado en Italia y en el extranjero y que bien merecía una prolongada visita de Andrés, quien la describe así: “Si es gloria de Verona haber producido un hombre particular [Antonio Cagnoli] que tiene valor para levantar a sus costas un completo observatorio astronómico, lo será aun mayor tener otro, que llega a fundar una Academia de Ciencias de toda Italia y establecer los correspondientes fondos para su perpetua conservación. Estas son empresas de príncipes y que aun muchos príncipes no tienen ánimo para ejecutar. En Verona lo ha ejecutado gloriosamente un pobre militar, el caballero Lorgna. Este insigne matemático, no contento con ilustrar el álgebra, la geometría, la mecánica y casi todas las ciencias naturales con las luces de sus profundas meditaciones, ha querido proporcionar una mayor ventaja a las ciencias y nueva gloria a Italia, fundando una Academia o Sociedad italiana en la cual concurren con sus escritos los mejores ingenios y los mayores hombres de Italia. En ocho años ha dado ya al público cuatro tomos en 4º llenos de doctas disertaciones de Boscovich, Ximénez, Cesaris, los dos Fontanas, Spallanzani, Riccati y otros académicos de este jaez, y ha esparcido luego su fama por todas las Academias de Europa...”¹⁷.

15. Ídem, *Cartas familiares del abate D. J. A. a su hermano D. Carlos Andrés, dándole noticia del viaje que hizo a varias ciudades de Italia en el año 1785*, Madrid, A. de Sancha, 1786, I, pp. 61-63.

16. A.M. Lorgna (1735-1796). Estudiante de ciencias matemáticas y físicas, fue profesor en el Colegio militar de Verona. En la misma ciudad fundó en 1785 la “Sociedad italiana de las ciencias” o de los Cuarenta, también con el fin de reunir en una única institución a los científicos dispersos en los muchos Estados italianos. Escribió numerosos ensayos de física y de química aplicada. (v. Ettore Bartoletti, en *Enciclopedia Italiana*, XXI, p. 506).

17. Íbidem, 1790, III, pp.332-333.

Como resulta evidente, la prosa elegante y ágil del jesuita exiliado no cede, aunque emplee formas moderadas y amables, la disminuida vitalidad de las academias literarias todavía embridadas en tareas de no relevante espesor poético y civil, o a menudo totalmente efímeros como la poesía de repente que se puso tan de moda en aquella época. Al mismo tiempo señala el dinamismo y la eficaz versatilidad de las academias científicas, extendidas hacia la investigación y la experimentación en los más diferentes campos de la ciencia y de la técnica.

Pero Andrés no fue sólo un atento observador del general anhelo por el progreso que de todas formas animaba las academias, sino que él mismo fue un activo colaborador en su calidad de socio de varias instituciones en las cuales presentó y discutió numerosas disertaciones que luego se publicaron y circularon en Italia y España. Resulta ser el único español admitido en la prestigiosa Academia de la Crusca y fue asociado de las Academias Colombaria, Florentina, de los Georgófilos, de la Historia y Antigüedades de Nápoles.

Como él, otros españoles fueron miembros de varias academias italianas. Citaré sólo unos cuantos de los más afamados, como Nicolás y Leandro Fernández de Moratín, Antonio Ponz, Ramón de la Cruz, Manuel Silvela, socios de la Arcadia; Francisco Pérez Bayer, de la Colombaria; José Nicolás de Azara, en Madrid ya miembro de la Academia de San Fernando y en Italia socio de la Arcadia y de la Colombaria, y que ejercía ciertas funciones de dirección sobre la Academia de España en Roma¹⁸.

Después de la expulsión de la Compañía de Jesús, miles de padres y seminaristas, a la par de Andrés, encontraron asilo en los Estados italianos y los más cultos e inteligentes se integraron rápidamente en la cultura y las instituciones del país que les hospedaba. Con sus escritos, que pasaban de la poesía a la narrativa y al teatro, de la especulación teórica sobre la "belleza ideal" a los tratados de crítica literaria, lingüística y antropología, historia, matemáticas, economía, antigüedades, bellas artes, supieron ganarse la estima y el aplauso de los italianos y abrirse las puertas de afamadas academias. Me limito a citar a Manuel Rodríguez Aponte, Juan Bautista Colomé, Antonio Conca, Antonio Eximeno, Vicente García de la Huerta, Francisco Gustà, Manuel Lassala, Juan Francisco Masdeu, Francisco Ximénez, etc.¹⁹. Además,

18. V. Gabriel Sánchez Espinosa, *Memorias del ilustrado aragonés J.N. de Azara*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 2000, p. 24.

19. Consúltense, para los datos sobre la presencia de españoles en las academias, los trabajos siguientes: F. Adorno, *Rendiconti e indici dei soci della Colombaria dal 1735, anno della fondazione, al 1980*, en *Atti e memorie dell'Accademia Toscana di Scienze e Lettere La Colombaria*, XLV, Nuova Serie, XXXI (1980); J. García de la Huerta, *Catálogo alfabético de' signori accademici Inestricati*, Bologna, 1788; A.M. Giorgetti Vichi, *Gli arcadi dal 1690 al 1800. Onomasticon*, Roma, Editrice Romana, 1977; S. Parodi, *IV Centenario dell'Accademia della Crusca. Catalogo degli accademici dalla fondazione*, Firenze, 1983; M. Tabarrini, *Degli studi e delle vicende della R. Accademia dei Georgofili*, Firenze, 1858; P. Ventriglia, *Gli spagnoli in Arcadia*, Milano, Giuffrè, 1958.

contribuyeron a difundir el saber sobre el mundo hispánico en Italia y mejoraron y actualizaron el conocimiento que en aquel entonces se tenía en España de Italia.

España bien puede sentirse orgullosa de haber tomado parte directamente en las actividades de las academias italianas, y en consecuencia en el vivaz y amplio debate cultural que animaba la península, gracias a la eficaz presencia de numerosos hijos suyos que, con diferentes motivaciones ideológicas, culturales y religiosas, vivieron y obraron en mi país.

Acercándome a la conclusión, me parece preciso reconocer como benemérita la actuación de las academias, que ha permitido conseguir resultados de ineludible importancia: no sólo colaboraron en el cambio de gustos y estilos en la literatura y el teatro; no sólo han impreso una aceleración inesperada a la investigación científica, a las aplicaciones técnicas, a la difusión de saber, sino que también han favorecido entre los italianos la persistencia de la conciencia de formar un pueblo único, han fomentado el sentido de unidad nacional, a pesar de las divisiones políticas y estatales y de la falta de libertad. No muchos años después, los liberales italianos, inspirándose en la Constitución de Cádiz de 1812, pusieron en marcha el anhelado *Risorgimento* del país.